

De la fe a la esperanza mediante la caridad

Aportes paulinos para vivir en esperanza

JOSÉ MARÍA DE MIGUEL GONZÁLEZ, OSST

Secretariado Trinitario

Salamanca

Resumen: La cultura moderna ha ido desplazando a Dios dejando al hombre solo consigo mismo, haciéndole creer que él es el único artífice de sí mismo y de su destino. Porque el hombre de nuestro tiempo aparenta vivir como si estuviera contento, y por eso monta diversiones y pasatiempos para olvidar que no tiene esperanza. Cultivar hoy una espiritualidad de esperanza es algo sumamente necesario, quizás sea esta una de las aportaciones más importantes del testimonio cristiano; lo ha sido siempre, porque es consustancial con la misma fe que profesamos, pero en las actuales circunstancias tiene una urgencia especial. El punto de arranque es siempre la fe, no una fe intelectualista centrada en conceptos, sino una fe que obra por la caridad. Es la fe que abre las puertas de la esperanza y con ella el acceso al reino de Dios, término último de la peregrinación por esta tierra.

Palabras clave: Fe, esperanza, espiritualidad, compromiso, jubileo paulino, evangelización.

Abstract: Modern culture has been displacing God, leaving man alone with himself, making him believe that he is the only creator of himself and his destiny. Because the man of our time appears to live as if he were content, and that is why he has fun and pastimes, to forget that he has no hope. Cultivating a spirituality of hope today is something extremely necessary; perhaps this is one of the most important contributions of Christian testimony; It has always been, because it is consubstantial with the same faith that we profess, but in the current circumstances it has a special urgency. The starting point is always faith, not an intellectualist faith focused on concepts, but a faith that works through charity. It is faith that opens the doors of hope and with it access to the kingdom of God, the ultimate end of the pilgrimage on this earth.

Keywords: Faith, hope, spirituality, commitment, Pauline jubilee, evangelization.

INTRODUCCIÓN

En un tiempo sacudido fuertemente por la incertidumbre del futuro, incertidumbre que afecta a los pueblos y a los individuos, a las instituciones públicas y privadas, y a la propia Iglesia de arriba abajo, *in capite et in membris*, poner de relieve la importancia de cultivar la esperanza es un trabajo arduo, sumamente necesario. Porque “la crisis del presente consiste en que todo lo que podría darle sentido y orientación a la vida se está derrumbando. La vida ya no se *apoya* en nada resistente”¹. Para un cristiano la piedra angular que mantiene firme el edificio de la vida es Jesucristo

¹ Byung-Chul Han, *Vida contemplativa. Elogio de la inactividad*, Taurus, Madrid 2023, p. 63, y en la siguiente página afirma: “El corazón humano no puede brindar hoy ningún refugio a la perennidad [...] Nos apartamos de cualquier forma de ‘para siempre’. Abjuramos de las prácticas que toman mucho tiempo, como la fidelidad, la responsabilidad, la promesa, la confianza y el compromiso. La vida es gobernada por lo provisional, por lo a corto plazo y por lo inconstante”.

(cf. Sal 118/117,22) en quien tenemos puesta nuestra esperanza (cf. Col 1,27). Pero como la esperanza arraiga en la fe y sin ella es imposible hablar de esperanza teologal², por eso ante todo hay que partir de la fe sometida diariamente a virulentos ataques. Todos conocemos a personas que un día fueron creyentes y hoy ya no practican o sólo esporádicamente aparecen por la iglesia³. Dentro del propio entorno familiar o de amistad habrá también alguno al que no le dice nada la religión o que incluso afirme que él o ella no creen en Dios. Convivimos con hombres y mujeres no creyentes y apenas nos distinguimos unos de otros. Ciertamente, los no creyentes parecen tenerlo más claro: han sustituido la fe en Dios –los que la han tenido alguna vez– por el buen aprovechamiento de los tiempos y espacios de ocio. Se emplea mejor la mañana del domingo con chándal y deportivos, disfrutando de un paseo por el campo, o descansando de la larga noche del viernes y sábado, que reuniéndose en una iglesia para la misa dominical. De tal manera parecen más atractivas las actividades no religiosas que

² Según Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi* sobre la esperanza cristiana [30/11/2007], «‘esperanza’ es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras ‘fe’ y ‘esperanza’ parecen intercambiables. Así, la *Carta a los hebreos* une estrechamente la ‘plenitud de la fe’ (10,22) con la ‘firme confesión de la esperanza’ (10,23). También cuando la *Primera Carta de Pedro* exhorta a los cristianos a estar siempre listos para dar una respuesta sobre el *logos* –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), ‘esperanza’ equivale a ‘fe’. El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (*Ef* 2,12)» (n. 2).

³ Recientemente un autor refiriéndose a Italia habla de “il crollo della pratica religiosa e il vero e proprio vuoto o salto nella trasmissione della fede, peraltro ben anteriore al 1989. Non è un mistero che per la stragrande maggioranza dei giovani le chiese siano dei non luoghi [...] Esse sono luoghi strani, nei quali si fa non si sa bene che cosa” (O. De Bertolis, “La solitudine dei giovani”, *La Civiltà Cattolica*, 2024 I, 522).

las prácticas religiosas tienen cada vez menos partidarios, o sea, menos asistentes. Hay una crisis de fe que afecta a mayores, a adultos, a jóvenes, a adolescentes y a niños. En todas las edades hay gente que tiene dificultades para creer, para mantener el tipo religioso⁴.

¿Por qué la fe hace hoy crisis? El Papa Benedicto hablaba “de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas [...] La fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos”⁵. Hay muchos motivos, pero uno importante, y casi resumen de todos los demás, es el *motivo cultural*: hablando de manera general, la cultura que se viene implantando desde hace muchos años de la escuela a la universidad, y se transmite por los medios de comunicación, es radicalmente agnóstica, lo que conduce al indiferentismo religioso, actitud más negativa respecto de Dios que el propio ateísmo⁶. La cultura, en una gran parte de sus representantes más

⁴ En España, según el CIS [Centro de Investigaciones Sociológicas] el porcentaje de personas que se definen como católicas ha bajado desde el 90,5% en mayo de 1978 hasta el 55,4% en octubre de 2021, la cifra más baja de la historia. En cambio, el número de personas que se declaran no creyentes (ateos, agnósticos, indiferentes, etc.) se ha multiplicado por cinco: de un 7,6% a un 39,9% (Fichero Integrado de Datos del CIS).

⁵ Carta apostólica en forma de motu proprio *Porta fidei* del Sumo Pontífice Benedicto XVI con la que se convoca el Año de la fe (11/10/2011), nn. 2 y 12. Recientemente, la revista *Salesianum* (86/ 2024/ 1) dedica este número a modo de homenaje a Joseph Ratzinger – Benedetto XVI bajo el título “La luce amabile della fede”, y en él hay un trabajo que viene muy al caso de Massimo Epis, “La fede cristiana e la sfida delle culture” (106-126), especialmente el apartado “La cultura contemporanea. L’insidia del relativismo” (117-123).

⁶ “Abbiamo creato un mondo non ateo, ma, descrittivamente parlando, ‘senza Dio’ (*gottlos*), come di fatto egli non abita, in genere, nella letteratura, nel cinema, nei giornali, nella televisione, nelle canzoni o nei *social*, rappresentazioni del mondo che

influyentes, no quiere saber nada de Dios, o bien porque –dicen– de él no podemos conocer nada (a-gnosticismo) o porque es un estorbo, un impedimento para avanzar en conquistas sociales y científicas de todo tipo. Si se presenta una imagen de Dios tan oscura, tan negativa, tan obstructora de la libertad, si se da una explicación de todo, desde el universo hasta el hombre, en la que Dios no entra para nada, porque todo tiene su explicación en una serie de combinaciones de átomos y moléculas, entonces las posibilidades de la fe se reducen, puesto que, si la ciencia lo explica todo sin Dios, Dios sobra⁷. Y así es: va creciendo la sospecha de que Dios no existe, que es un engaño de los curas para mantener abierto el negocio de la Iglesia. Pero hay más: la crisis de fe tiene mucho que ver con una presentación sistemáticamente negativa, y muchas veces odiosa, de la Iglesia. No sólo se airean escándalos que tienen por protagonistas a algunos sacerdotes u obispos, sino que se presentan muchas de las intervenciones del Papa, de los Obispos, de la Conferencia Episcopal como en oposición y conflicto con las demandas de la sociedad. Es la imagen de una Iglesia del permanente *no*: no al aborto, no al divorcio, no a la manipulación de los embriones, no a las parejas de hecho, no al matrimonio entre homosexuales⁸ etc. Naturalmente, no se dice

riflettano appunto la vita di ognuno, cioè come noi ci percepiamo e orientiamo la nostra esistenza” (O. De Bertolis, “La solitudine dei giovani”, p. 522s).

⁷ Contra esta ideologización atea de la ciencia, cf. M.-Y. Bolloré –D. Bonnassies, *Dios. La ciencia. Las pruebas*. El albor de una revolución, Ed. Funambulista, Las Rozas (Madrid) 2023, después de recorrer las pruebas de la existencia de un Creador, pruebas de orden físico, químico, matemático, cosmológico, biológico, filosófico... termina con el capítulo 23: “El materialismo: una creencia irracional” (503-506).

⁸ Dicasterio para la Doctrina de la fe, Declaración *Dignitas infinita* sobre la dignidad humana [2/04/2024], donde denuncia *Algunas violaciones graves de la dignidad humana: El drama de la pobreza. La guerra. El trabajo de los emigrantes. La trata de personas. Los abusos sexuales. Las violencias contra las mujeres. El aborto. La maternidad subrogada. La eutanasia y el suicidio asistido. El descarte de las personas discapacitadas. La teoría de género. El cambio de sexo. La violencia digital.*

nunca una palabra de las razones de la Iglesia para no dar el visto bueno y aceptar todo lo que la sociedad materialista demanda en forma de *nuevos derechos*. Lo cierto es que muchos mensajes que se emiten por televisión, por la radio o por la prensa predisponen a la gente contra la Iglesia, lo cual lleva consigo inevitablemente el distanciamiento y desafecto de una parte de la sociedad por causa de la mala imagen que de ella algunos poderosos medios de comunicación se esfuerzan en pintar un día sí y otro también.

Dentro de este ambiente cultural impregnado de agnosticismo combativo, los canales de deseavangelización son muy poderosos y eficaces: hoy es una película que se ensaña con la religión cristiana; mañana es un reportaje de televisión que ridiculiza a la Iglesia en la persona de sus dirigentes o en sus ritos; otro día una revista o un periódico saca a relucir un escándalo de algún clérigo; todos los días y a todas la horas las canciones que escuchan y aprenden los jóvenes poco o nada tienen que ver con el evangelio, o son claramente opuestas a lo que Jesús nos enseñó. El que está influido por todas estas fuentes de cultura y bebe de ellas es difícil que pueda compatibilizar tales mensajes con el de la fe. ¿Cómo afrontar hoy este reto en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones? Ahí aparece la misión de la familia, porque “sin la implicación familiar, cualquier intervención educativa y/o pastoral será probablemente un fracaso [...] La parroquia o el colegio o el centro de pastoral difícilmente sustituirán la labor de los padres” en la transmisión de la fe⁹. Pero no habrá transmisión de la fe en el seno de la familia si en la familia no se vive la fe, algo que cualquier profesor de religión, cualquier catequista, cualquier

⁹ P. Guerrero S.J., “Vivencia de la fe en lo cotidiano: Familia y transmisión de la fe”, *Sal Terrae* 112 (2024) 407, donde plantea los retos y apunta sugerencias para realizar esta labor en el ámbito de la familia.

sacerdote puede comprobar en la preparación de los sacramentos de la Primera Comunión, de la Confirmación, y del Matrimonio.

En este desértico contexto espiritual, ¿qué aporta la escuela católica o cómo lo afronta? Durante muchas décadas una parte importante de la educación en España ha estado en manos, y todavía lo está, de congregaciones, institutos o asociaciones de inspiración católica. ¿Qué valores cristianos se han transmitido y se transmiten, junto con la excelencia educativa, que hayan convencido a los alumnos, por lo menos a una parte de ellos, a enfocar la vida de otra manera a la común y corriente? ¿Hay que echar toda la culpa del fracaso en conocimientos y prácticas religiosas a las influencias perniciosas que llegan de fuera? A veces se echa de menos alguna autocrítica¹⁰, que sería el principio de la rectificación del rumbo seguido hasta ahora en la misión evangelizadora de la escuela cristiana, claro que para cumplir tal misión los profesores han de ser ellos mismos evangelizados. Y en esas estamos, o sea, en “la quiebra en la transmisión de la fe”¹¹.

La crisis de fe es, pues, honda y extensa: no podemos mirar para otro lado, pensando que todavía muchos se bautizan, algunos (cada vez menos) se casan por la Iglesia, hacen la primera comunión, solicitan la clase de religión, y muchos están integrados en cofradías y procesiones. Pero la cosa no es así de sencilla. El

¹⁰ Una autocrítica que no se refiere sólo a la forma de actuar de las instituciones educativas, sino a la misma manera de ejercer la misión de evangelizar, santificar y gobernar al pueblo de Dios. Cf. T. Halik, *La tarde del cristianismo*. Valor para la transformación, Herder, Barcelona 2023: “No sólo deberíamos investigar por qué la gente abandona la Iglesia, sino que deberíamos preguntarnos de dónde sacan la fuerza y la paciencia los que todavía permanecen” (p. 139).

¹¹ Título del número de mayo de 2024 de la revista *Sal Terrae* que trata ampliamente de este asunto desde distintos puntos de vista, por ejemplo, en el ámbito de la familia al que hemos aludido en la nota 9, y en el ámbito de la educación: “La misión de transmitir la fe en los colegios del siglo XXI”, a cargo de Álvaro Lobo Arranz S.J., 421-435.

influo de una cultura irreligiosa, difundida por los medios de comunicación, está calando profundamente en el modo de pensar y de comportarse de mucha gente, pues la cultura moldea a la persona humana y a la comunidad donde uno vive¹². Y, en efecto, es un hecho indiscutible que lo que moldea a la mayoría de las personas –independientemente de que sean creyentes o no– es la confluencia de toda una serie de mensajes implícitos recibidos de su contexto social, que tienen un influjo decisivo sobre el horizonte de sus esperanzas. El contenido de tales mensajes que va configurando la mentalidad de las nuevas generaciones, en gran parte, no tiene nada que ver con el Evangelio. La cultura en la que estamos inmersos y de la que formamos parte, nos está haciendo insensibles a la problemática de Dios y de la religión. Si no estamos atentos, si no reaccionamos críticamente, la cultura dominante puede secar, o las está secando ya, las fuentes de la fe¹³.

¹² “La cultura tiene su origen en la comunidad. Transmite valores simbólicos que fundan una comunidad. Cuanto más se convierte la cultura en mercancía, tanto más se aleja de su origen. La comercialización y mercantilización total de la cultura ha tenido por efecto la destrucción de la comunidad [...] La comunidad como mercancía es el fin de la comunidad” (Byung-Chul Han, *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Taurus, Madrid 2021, p. 31).

¹³ “La crisis actual de la religión no puede atribuirse simplemente al hecho de que hayamos perdido toda fe en Dios [...] En un plano más profundo, esta crisis apunta a que estamos perdiendo cada vez más la capacidad contemplativa [...] La religión presupone una atención particular [...] Hoy el alma ya no *ora* más. Hoy el alma *se produce*. Debido a su *hiperactividad* se le puede atribuir la responsabilidad por la pérdida de la experiencia religiosa. La crisis de la religión es una crisis de la atención. La vida activa, con su *páthos* de la acción, impide el acceso a la religión. La acción no forma parte de la experiencia religiosa [...] El verbo para la religión es ‘escuchar’, mientras que ‘actuar’ es el verbo para la historia [...] En la era de las permanentes autoproducción y autoescenificación narcisistas, la religión pierde su fundamento [...] La autoproducción es más dañina que el ateísmo para la religión” (Byung-Chul Han, *Vida contemplativa. Elogio de la inactividad*, Taurus, Madrid 2023, pp. 107-109).

El Papa Francisco desde su primera Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (24/11/2013), hace ya más de diez años, pone en guardia sobre algunos desafíos culturales (cf. nn. 61-67):

“En la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio [...] El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al negar toda trascendencia, ha producido una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del relativismo”.

1. LA FE, LUZ EN LA OSCURIDAD¹⁴

Cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles que cuando Pablo y Bernabé volvieron a Antioquía después de su primer viaje misional, “reunieron a la comunidad y se pusieron a contar

¹⁴ “La luz de la fe: la tradición de la Iglesia ha indicado con esta expresión el gran don traído por Jesucristo, que en el Evangelio de san Juan se presenta con estas palabras: «Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas» (*Jn 12,46*). También san Pablo se expresa en los mismos términos: «Pues el Dios que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas”, ha brillado en nuestros corazones» (*2 Co 4,6*). En el mundo pagano, hambriento de luz, se había desarrollado el culto al Sol, al *Sol invictus*, invocado a su salida. Pero, aunque renacía cada día, resultaba claro que no podía irradiar su luz sobre toda la existencia del hombre. Pues el sol no ilumina toda la realidad; sus rayos no pueden llegar hasta las sombras de la muerte, allí donde los ojos humanos se cierran a su luz. «No se ve que nadie estuviera dispuesto a morir por su fe en el sol», decía san Justino mártir. Conscientes del vasto horizonte que la fe les abría, los cristianos llamaron a Cristo el verdadero sol, cuyos rayos dan la vida. Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso” (Así comienza el Papa Francisco su primera Carta encíclica *Lumen fidei* sobre la fe, 29/06/2013).

todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles *la puerta de la fe*” (14,27)¹⁵.

Un año antes de su renuncia al pontificado, el Papa Benedicto XVI convocó un **Año de la fe**, conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, y lo hizo por medio de una Carta apostólica titulada “*Porta fidei*” que empieza con estas palabras:

“La puerta de la fe (cf. Hch 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida”, pues va del bautismo a la entrega de nuestra alma en manos de Dios.

¿Qué entendemos por fe? El viejo catecismo, siguiendo a San Agustín, definía la fe como un creer lo que no vimos¹⁶. Evidentemente, por la fe creemos en Dios al que nadie ha visto jamás, y creemos en Jesucristo, al que no hemos podido ver porque vivió hace dos mil años, también creemos en la vida eterna que no hemos visto. La Carta a los hebreos nos propone una

¹⁵ Según Tomás Halík, en el libro citado en la nota 10: “La fe cristiana ya no dirige hacia el ateísmo combativo una dura persecución que moviliza y estimula a los creyentes, ni siquiera persigue un peligro mucho mayor: la indiferencia [...] Lo que es la antesala y la entrada de la fe: valor para confiar. ‘Remad mar adentro y echad vuestras redes para la pesca’, decía su primer sermón [...] La fe en Cristo es el camino de la confianza y el coraje, el amor y la fidelidad. Es un movimiento hacia el futuro que Cristo ha abierto y la que nos invita” (pp. 17.20).

¹⁶ Según san Agustín: “Fe es creer aquellas cosas que todavía no ves y cuya recompensa será llegar a la visión de lo que has creído” (*Serm 43,1*, San Agustín, *Nos hiciste, Señor, para tí*. Kempis agustiniano. Selección de textos realizada por A. Tonna-Barthet, O.S.A., BAC, Madrid 1991, p. 142).

especie de definición teológica de la fe que luego la ejemplifica con los testigos que enumera a partir de Abel hasta Samuel y los profetas: “*La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve*” (11,1)¹⁷. Así pues, la fe tiene que ver con alguien y algo que no hemos visto, porque si lo viéramos ya no sería fe sino evidencia. Pero no es suficiente con esta definición para entender lo que es la fe. Porque también en el ámbito de las relaciones personales y del conocimiento no vemos muchas cosas y, sin embargo, las creemos: ¿quién ve lo que pasa por la mente del que nos mira o habla con nosotros?, ¿quién ha visto las galaxias lejanas?¹⁸ No las hemos visto, pero sabemos que existen porque nos fiamos de las pruebas que aportan los científicos, aunque nosotros no seamos capaces de interpretarlas ni de entenderlas. Y aquí aparece un rasgo característico de la fe: la *confianza*. Estamos hablando de la fe en Dios, al que no vemos, pero nos fiamos de él. Sin confianza en Dios que no quiere ni puede engañarnos, no hay fe. Confiamos en los que han sido sus testigos y han recibido su palabra. Confiamos sobre todo en su Hijo que nos ha hablado, nos ha revelado el misterio de Dios y de su buena voluntad para con nosotros. Como confía uno en su amigo y por eso puede haber amistad, porque hay confianza, de modo semejante hay

¹⁷ Cf. Benedicto XVI explica el significado de este versículo en su encíclica *Spe salvi* [30/11/2007]: “La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras” (n. 7).

¹⁸ Número de estrellas en nuestra galaxia llamada Vía Láctea: 10^{11} ; número de galaxias en el universo: 10^{12} ; y otras magnitudes increíblemente grandes y pequeñas de orden físico y biológico, en M.-Y. Bolloré – D. Bonnassies, *Dios. La ciencia. Las pruebas*, pp. 521-529.

fe porque confiamos en Dios, en su palabra salvadora, en sus acciones salvíficas. La fe es, ante todo, una relación personal, una acogida, una aceptación de la persona de Jesucristo. La fe no es sólo cosa de misterios, de dogmas, de doctrinas; es, sobre todo, una aceptación del Señor, porque es digno de fe, digno de fiar, porque no busca su interés sino sólo y en exclusiva el nuestro, nuestra salvación. La fe “no consiste en el asentimiento meramente intelectual a unas proposiciones, sino en una entrega vital y personal que compromete a todo el hombre con Cristo, en todas sus relaciones con Dios, con los demás hombres y con el mundo”¹⁹.

Pero quizás la nota más importante de la fe se llama *obediencia*²⁰. Creer en Dios es obedecerle, una obediencia que no es sometimiento y opresión. Si Dios exige obediencia no es para imponerse él sobre nosotros, sino para que nosotros lleguemos a ser realmente nosotros, para que alcancemos la meta para la que hemos sido creados: para vivir en la libertad de los hijos de Dios. En Abrahán aparece con gran fuerza esta dimensión de la fe: Abrahán cree en Dios obedeciéndole, su fe es la obediencia puesta a prueba en el sacrificio de su hijo Isaac²¹. Pero la fe como obediencia aparece sobre todo en la Virgen María no sólo en el

¹⁹ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*. Síntesis y perspectivas, Cristiandad, Madrid 1975, p. 170.

²⁰ “Obediencia de la fe es una expresión acuñada por Pablo, en la cual la fe se entiende de modo abarcante como obediencia [...] Pablo habla de la fe, que consiste en la obediencia y que se atestigua como obediencia frente al evangelio” (G. Eichholz, *El Evangelio de Pablo*. Esbozo de la teología paulina, Sigueme, Salamanca 1977, p. 328).

²¹ “Por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac como ofrenda, y, el que había recibido las promesas, ofrecía a su único hijo, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitarlo de entre los muertos. Por eso lo recobró como símbolo” (Heb 11,17-19). Y comenta la nota de la BJer: “Isaac es figura de la resurrección universal y también, según una tradición exegética constante, de la pasión y de la resurrección de Cristo”.

misterio de la Encarnación, cuando se somete por entero a la voluntad de Dios que pedía su consentimiento: “*Hágase en mí, según tu palabra*”. La fe de María se hace total obediencia cuando en la Cruz ve morir a su único Hijo, a aquel de quien le había dicho el ángel: “*será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin*”(Lc 1,32s). Si en la Encarnación no comprendió, pero obedeció, en el Calvario se hizo noche oscura por completo y, sin embargo, ella se mantuvo en pie junto a la Cruz de su Hijo. Sin obediencia no hay fe verdadera, porque decir que uno cree en Dios y vivir como si no existiera, es el más rotundo desmentido de esa presunta fe. “Sólo la práctica de la fe, que incluye la vida espiritual interna del creyente y su vida en sociedad, puede responder a en qué Dios cree [...] Por ello, solo la vida práctica de una persona puede ser la clave que nos permita conocer en lo que realmente cree y sobre qué construye su vida más allá de lo que digan sus palabras”²².

En resumen: la fe se refiere al misterio de Dios que nos sobrepasa por completo, misterio absolutamente trascendente, por tanto, la fe no es evidencia, algo que podamos ver o comprobar con los instrumentos de la ciencia o de la técnica²³; la fe no es visión inmediata de Dios, pero es un conocimiento verdadero de Dios, aunque en la oscuridad de los símbolos que nos hablan y remiten a él, el principal de los cuales es el sacramento de la Eucaristía. Que por eso mismo la fe requiere fiarnos, confiar en

²² T. Halík, *La tarde del cristianismo*, p. 22.

²³ Cf. R. Woodrow Wilson, Premio Nóbel de Física 1978, en el Prólogo al libro *Dios. La ciencia. Las pruebas*, afirma: “Este libro explora la idea de un espíritu o de un Dios creador -idea que se encuentra en muchas religiones- en relación con los conocimientos científicos actuales. Ciertamente [...] no puedo pensar en una teoría científica del origen del Universo que coincida mejor con las descripciones del libro del Génesis que el *Big Bang*” (p. 11s).

la verdad y buena voluntad de Dios para con nosotros. La fe es un acto de confianza en aquel que nos ama. Y en la medida en que la fe es más auténtica se expresará más claramente como obediencia a la voluntad de Dios, que es siempre nuestra salvación²⁴. La fe, pues, exige obediencia y coherencia. Porque “*¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe?*” (Sant 2,14)? Las obras buenas son las que autentifican la fe²⁵, o sea, la obediencia a los mandamientos de Dios nos hace verdaderos, no mentirosos (cf. 1Jn 2,4). Por eso el Papa Benedicto, al final de su carta apostólica, afirma que “lo que más necesita el mundo hoy es el testimonio creíble de los que son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin”(n. 15).

2. “LA FE SE FORTALECE DÁNDOLA”

Así se expresaba San Juan Pablo II en el principal documento misionero que publicó a lo largo de su dilatado pontificado, la encíclica “*Redemptoris missio*”²⁶, conmemorativa de los veinticinco años del decreto “*Ad gentes*”, sobre la actividad misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II. Pero ¿de qué fe se trata? Sin

²⁴ “La fe es la aceptación de la acción salvadora de Dios que el evangelio proclama, aceptación llevada a cabo en una confianza obediente y una obediencia confiada (Rom 1,5; 6,16; 2 Cor 10,5, entre otros) (G. Bornkamm, *Pablo de Tarso*, Sigueme, Salamanca 1979, p. 194).

²⁵ La carta de Santiago “pone de manifiesto claramente que no sólo la fe, sino la fe y las obras son las que nos hacen justos por parte de Dios” (G. Bornkamm, *Pablo de Tarso*, p. 195).

²⁶ “La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. *¿La fe se fortalece dándola?*” (n. 2). La referencia a Cristo como Redentor aparece en tres encíclicas: *Redemptor hominis* (4/03/1979); *Redemptoris mater* (25/03/1987); *Redemptoris missio* (7/12/1990), y en la Exhortación apostólica *Redemptoris custos* (15/08/1989).

duda de aquella que está fundada en el Evangelio, la fe que tiene por objeto a Dios y su plan de salvación sobre los hombres. Para describir el contenido concreto de esta fe, Jesús se sirvió de un texto del profeta Isaías [61,1-2]: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4,18-19). Este es el programa que Jesús anunció al comienzo de su misión en Nazaret, *“donde se había criado”*, y de tal manera lo hizo suyo que, ante el asombro de sus paisanos, dijo: *“Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy”* (4,21). Más tarde, a los enviados del Bautista que le preguntaron de su parte si era él el que tenía que venir, les respondió: *“Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Noticia”* (Lc 7,22; cf. Is 35,5-6). Jesús fue enviado por el Padre para llevar a cabo la salvación de los hombres, una salvación que abarca al hombre entero, en su dimensión corporal y espiritual. Esta misma misión es la que el Señor confió a sus discípulos nada más resucitar de entre los muertos: *“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”*, a realizar su misma obra de salvación, sostenidos por el mismo Espíritu que animó toda la vida y actividad de Jesús: *“Recibid el Espíritu Santo”* (Jn 20,21-22). Y, desde entonces, el Espíritu Santo es el protagonista de la misión que el Señor confió a su Iglesia, o como dice San Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*, “el Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial; su obra resplandece de modo eminente en la misión *ad gentes*” (n. 21), y que no es otra que “llevar a todos el anuncio del Evangelio. Este es el servicio más valioso que la Iglesia puede prestar a la humanidad y a toda persona que busca las razones profundas para vivir en plenitud su existencia”. Este servicio redonda además en provecho propio

porque “el incesante anuncio del Evangelio vivifica también a la Iglesia, su fervor, su espíritu apostólico”²⁷.

Ahora bien, si es verdad que la fe se fortalece dándola, comunicándola a los demás hasta alcanzar a todos los pueblos de la tierra, si el ser y la identidad de la Iglesia, de cada uno de los cristianos, se afianza al proclamar el Evangelio, ¿a qué se debe la debilidad de la fe que se percibe en amplios estratos del Pueblo de Dios sino a la falta de compromiso misionero? A muchos bautizados les cuesta dar testimonio público de su fe y mucho más anunciar a otros la fe que da sentido a sus vidas; cada vez son más los que guardan para sí la fe y la viven para sus adentros como un asunto privado, a lo más familiar. Pero la fe no se defiende encerrándola en las cuatro paredes del hogar o de la iglesia, más bien eso da a entender una cierta inseguridad, una clara debilidad que no arriesga la confrontación para no verse puesta en peligro. Pero si uno considera que la fe es el don más grande que Dios nos ha regalado, que llena de alegría la vida en este mundo y nos abre a la plenitud de la vida futura, entonces no tendríamos miedo de comunicar a los demás, empezando por los más cercanos, el gozo de la presencia de Dios que recibimos con la fe. Esta “audacia” apostólica fortalece la fe para dar la cara por Cristo incluso hasta el martirio. Por eso es tan importante no privatizar la fe sino manifestarla con palabras y obras, como Jesús: anuncia la Buena Noticia de la bondad de Dios Padre para con todos, especialmente para con los pobres y pecadores, y multiplicaba el pan, curaba a los enfermos y abrazaba a los pecadores, porque el Espíritu del Señor estaba sobre él, como está hoy en el corazón de la Iglesia para continuar su misma obra a favor de todos los hombres. En realidad, esta es la misión que Jesús dejó a la Iglesia antes de ascender al cielo: ‘*Id por todo el*

²⁷ Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones*, 2011.

mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16,15). En el cumplimiento de esta misión está implicada toda la Iglesia, todos sus miembros, cada uno según el carisma que haya recibido, pero ninguno queda excluido. Como la vocación misionera constituye la razón de ser de la Iglesia no puede reservarse para algunos y para algunas ocasiones. Según el Papa Benedicto en el último Mensaje [antes de su renuncia al ministerio petrino el 11/02/2013] para la Jornada Mundial de las Misiones, los Padres conciliares “contribuyeron significativamente a reafirmar la necesidad y la urgencia de la evangelización *ad gentes*, y de esta manera llevar al centro de la eclesiología la naturaleza misionera de la Iglesia. Hoy esta visión no ha disminuido, sino que, por el contrario, ha experimentado una fructífera reflexión teológica y pastoral, a la vez que vuelve con renovada urgencia, ya que ha aumentado enormemente el número de aquellos que aún no conocen a Cristo, necesitamos por tanto retomar el mismo fervor apostólico de las primeras comunidades cristianas que, pequeñas e indefensas, fueron capaces de difundir el Evangelio en todo el mundo entonces conocido mediante su anuncio y testimonio”²⁸.

En el programa que Jesús anunció en Nazaret y en la respuesta que más tarde dio a los enviados del Bautista, destaca como contenido del Evangelio la atención concreta a los más necesitados: pobres, enfermos, marginados. Como él traspasó a su Iglesia la misión que él había recibido del Padre y llevado a cabo bajo la acción del Espíritu Santo, ésta no puede descuidar en el anuncio del Evangelio el servicio a los que sufren, como recordaba el Papa Francisco en su Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*:

²⁸ Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2012*.

“Hacer oídos sordos a este clamor [*de los pobres*], cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, porque ese pobre ‘clamaría al Señor contra tí y tú te cargarías con un pecado’ (Dt 15,9) [...] Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica [...] Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos [...] Quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual [...] La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (nn. 187.198.200).

Así es como la fe se fortalece, saliendo al encuentro de los que sufren en el cuerpo o en el alma, como Jesús de parte del Padre bajo la fuerza del Espíritu.

3. LENGUAJES PARA UNA RENOVADA EVANGELIZACIÓN

En la homilía que el 28 de junio de 2010 pronunció Benedicto XVI durante la celebración de las Primeras Vísperas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, anunció su decisión de “crear un nuevo organismo, en la forma de *Consejo Pontificio*, con la tarea principal de promover una renovada evangelización en los países donde ya resonó el primer anuncio de la fe y están presentes Iglesias de antigua fundación, pero que están viviendo una progresiva secularización de la sociedad y una especie de *eclipse del sentido de Dios*”. Estando así las cosas en la mayor parte de los países de vieja tradición cristiana, ¿qué lenguajes tendríamos que proponer

o potenciar para que la buena noticia del Evangelio vuelva a resonar entre nosotros? Sin olvidar otros, a mí me parece que habría que cuidar sobre todo tres tipos de lenguajes: el de la palabra, el de los signos y el de la vida. Ahora bien, para que estos tres lenguajes tengan algún éxito deben ir estrechamente unidos.

El lenguaje de la palabra

¿Cómo era este lenguaje en boca de Jesús? Por aquí hay que empezar, puesto que tenemos que comunicar hoy el mismo mensaje que él anunció en su tiempo y que consideramos válido para todos los tiempos. La palabra de Jesús era viva y concreta, tomada de las experiencias cotidianas de aquellas gentes a las que él se dirigía. Él había vivido inmerso durante treinta años en medio de la gente humilde del pueblo; conocía a sus paisanos por dentro, porque convivía con ellos y participaba de sus mismas inquietudes, esperanzas y sufrimientos. Por eso la gente entendía sus parábolas y las imágenes que empleaba en sus discursos: comunicaba un mensaje vivo con una palabra viva y por eso llegaba al corazón de las masas.

Hoy, por el contrario, se acusa al lenguaje de los eclesiásticos de retórico y repetitivo, plagado de lugares comunes, desconectado de las experiencias vitales de aquellos a los que nos dirigimos, un lenguaje que apenas despierta interés porque no logra comunicar la novedad del Evangelio. Y, sin embargo, el mensaje de Jesús es la novedad perpetua, porque es la novedad misma de Dios que nunca se repite, que siempre sorprende. Pero esta novedad está condicionada por las diferentes culturas, por las tradiciones de los pueblos y por las experiencias personales y comunitarias. Por eso, si no se tienen en cuenta las distintas circunstancias sociales y culturales en que se anuncia el Evangelio y viven los destinatarios del mismo, la novedad se torna repetición cansina, la concreción de la palabra de Jesús se hace abstracción y pierde

interés resbalando por la vida de los oyentes²⁹. La renovada evangelización que pide el Papa Francisco en su documento programático, *Evangelii Gaudium*, especialmente en el capítulo III que trata sobre “El anuncio del Evangelio” tiene que empezar por dar vida al lenguaje de la palabra que empleamos y esto sólo es posible si nos tomamos en serio el lugar, la cultura y las experiencias reales de los destinatarios del Evangelio. Si seguimos hablando en abstracto, al margen de la vida y de los intereses, expectativas, problemas y sufrimientos de los fieles, difícilmente podrá darse una renovada evangelización en los países de vieja tradición cristiana. Y por ello le da amplio espacio al anuncio litúrgico de la Palabra, es decir, a la homilía (cf. nn. 135-144).

El lenguaje de los signos

El lenguaje de los signos tiene que ver con la capacidad para captar el sentido de lo simbólico. Ahora bien, “el mundo sufre hoy una fuerte carestía de lo simbólico [...] En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida [...] La pérdida de los simbólico y la pérdida de lo ritual se fomentan mutuamente [...] La desaparición de los símbolos remite a la progresiva atomización de la sociedad³⁰. Así pues, junto con el

²⁹ “En el cristianismo no podemos separar el servicio religioso del servicio del hombre ni el conocimiento de Dios del conocimiento del mundo y del hombre. Si la teología pretende ser tomada en serio como parte de un servicio a la gente, debe ser contextual, reflejar la experiencia de fe, su presencia en la vida de las personas y en la sociedad. Tiene que pensar en la fe en el contexto de los cambios históricos y culturales, así como mantener un diálogo con las ciencias que se ocupan del hombre, la cultura, la sociedad y la historia”. (T. Halík, *La tarde del cristianismo*, 40s).

³⁰ Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales*. Una topología del presente, Herder, Barcelona 2022, pp. 12.17. El mismo autor en el libro citado *Vida contemplativa*: “Los símbolos producen *cosas comunes* que hacen posible el *nosotros*, la cohesión de una sociedad. Solo por medio de lo simbólico, por medio de lo estético, se

lenguaje de la palabra está el de los signos, especialmente el de los signos sacramentales. No olvidemos lo que allá por el siglo V dijo el gran pontífice San León Magno: “Lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios”³¹, es decir, los signos de salvación que en su tiempo realizó Jesús con los pobres, enfermos y pecadores hoy los continúa realizando a través de los sacramentos. La presencia viva de Jesús y de su obra de salvación entre nosotros la encontramos no sólo en su palabra recogida en los evangelios, sino también y de un modo muy especial en los signos que él mismo instituyó como memoria suya y de su obra de salvación. De ahí la importancia que tiene celebrar bien los sagrados misterios, o sea, los sacramentos, todos y cada uno de ellos, pero especialmente aquel sacramento que el Señor nos dejó como alimento, viático y compañía durante nuestra peregrinación por este mundo: la sagrada Eucaristía en la que, como enseña el Concilio Vaticano II, “se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo” (PO 5).

De este lenguaje es responsable en primera persona el ministro celebrante; él debe cuidarlo de tal manera que logre transmitir a los fieles que participan en la celebración de la Eucaristía, o del Bautismo, o del Matrimonio, etc., la presencia misma del Señor actualizando en los sacramentos, por medio de la Iglesia, la obra

constuye el *sentir compartido*, el *sim-páthos* o la *co-pasión*. En el vacío simbólico, por el contrario, la sociedad se divide en individuos indiferentes, porque ya no existe lo asociativo y vinculante [...] El vacío simbólico-narrativo conduce a la segmentación y a la erosión de la sociedad [...] Lo simbólico promete una plenitud de ser, una salvación. Sin el ordenamiento simbólico, somos trozos y fragmentos” (p. 66s).

³¹ “Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que, en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque ‘lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios’ (S. León Magno, *serm. 74,2*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1115).

de la redención de los hombres. Nada es más penoso y más dañino para una renovada evangelización que una celebración rutinaria, funcionarial y desacralizada, donde no se vive la fe ni se logra percibir la dimensión trascendente del acontecimiento que se celebra. El lenguaje de los signos requiere avivar la fe en el que preside la celebración de los sagrados misterios y en los que están llamados a participar activamente en ellos. Por eso los llamamos “sacramentos de la fe” (CCE, 1122-1126), pues sin ella los signos sacramentales no dicen ni comunican nada. Así pues, si queremos trabajar por una renovada evangelización, tendremos que esforzarnos por mejorar nuestras celebraciones impregnándolas de un mayor espíritu de fe, es decir, haciéndolas más sagradas, lo que no significa alejarlas de la vida, sino poner la vida en contacto con el misterio santo de Dios para ser sanada y santificada. Para lo cual “hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros” (*Evangelii Gaudium*, n. 167).

El lenguaje de la vida

Casi es el lenguaje más decisivo hoy. En su tiempo San Agustín ya advertía sobre este asunto:

“El ejercicio de nuestra vida presente debe tender a alabar a Dios, porque el regocijo sempiterno de nuestra vida futura será la alabanza de Dios; y nadie puede hacerse idóneo de la vida futura si no se hubiese ejercitado ahora en orden a ella [...] Alabad íntegramente. Es decir, no sólo alabe a Dios la lengua y la voz, sino también vuestra conciencia, vuestra vida, vuestros

hechos [...] Dejas de alabar a Dios cuando te apartas de la justicia y de aquello que a él le agrada. Pero si no te apartas jamás de la vida buena, aunque calle tu lengua, vocea tu vida, y el oído de Dios está atento a tu corazón [...] cante la voz, cante la vida, canten las obras”³².

Es el lenguaje del testimonio, de la coherencia entre lo que creemos y vivimos. El Papa Francisco en el documento programático de su pontificado, *Evangelii Gaudium*, pone de relieve la importancia de este asunto en el capítulo IV ‘*La dimensión social de la evangelización*’: “El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad [...] La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros [cf. Mt 25,40]” (n. 177.179). Los dos lenguajes anteriores, el de la palabra y el de la celebración, alcanzarán todo su significado y su eficacia si van acompañados por el testimonio de una vida conforme a lo que predicamos y celebramos. Por el contrario, ya podemos hablar divinamente y celebrar sin ningún defecto, si luego nuestro comportamiento deja algo o mucho que desear no será posible lograr una renovada evangelización. Los testigos son más convincentes que los predicadores; Santa Teresa de Calcuta es el caso más paradigmático de nuestro tiempo³³: en medio de

³² Comentario al Salmo 148, BAC n. 264, p. 875.877, en J.M. de Miguel González, *La alabanza divina. Orar con los salmos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2006, p. 360s.

³³ Homilía de San Juan Pablo II en la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta el domingo 19 de octubre de 2003: “¿No es acaso significativo que su beatificación tenga lugar precisamente en el día en que la Iglesia celebra la *Jornada mundial de las misiones*? Con el testimonio de su vida, madre Teresa recuerda a todos que la misión evangelizadora de la Iglesia pasa a través de la caridad, alimentada con la oración y la escucha de la palabra de Dios. Es emblemática de este estilo misionero la imagen que muestra a la nueva beata mientras estrecha, con una mano, la mano

un mundo fuertemente secularizado, entre millones de fieles de otras religiones, ella consiguió que el mensaje de Jesús se abriera paso y fuera escuchado no por medio de grandes discursos, sino con el ejemplo concreto de su dedicación incondicional a los más pobres y abandonados de este mundo. Las mayores dificultades de la gente con respecto a la Iglesia, o con relación a los sacerdotes, están precisamente aquí: en que muchos no ven con claridad que el mensaje evangélico que predicamos esté sostenido o puesto en práctica por los encargados de anunciarlo. Sin duda, hay muchos buenos y santos sacerdotes que han entregado su vida al servicio del Evangelio y con él, al servicio de los más necesitados; pero estos sacerdotes no cuentan ni existen para los medios de comunicación. Los malos ejemplos de algunos malos sacerdotes y religiosos se airean con tal frecuencia y profusión que causan escándalo en muchos hombres y mujeres de buena voluntad, dando la impresión de que esos comportamientos indignos son moneda corriente en el seno de la Iglesia. Por eso, el lenguaje del testimonio evangélico, que es el de la santidad, por parte de los

de un niño, y con la otra pasa las cuentas del rosario. Contemplación y acción, evangelización y promoción humana: madre Teresa proclama el Evangelio con su vida *totalmente entregada a los pobres*, pero, al mismo tiempo, *envuelta en la oración*”. Y el Papa Francisco en el domingo 4 de septiembre en la canonización: “Madre Teresa, a lo largo de toda su existencia, ha sido una generosa dispensadora de la misericordia divina, poniéndose a disposición de todos por medio de la acogida y la defensa de la vida humana, tanto la no nacida como la abandonada y descartada. Se ha comprometido en la defensa de la vida proclamando incesantemente que «el no nacido es el más débil, el más pequeño, el más pobre». Se ha inclinado sobre las personas desfallecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes de la pobreza creada por ellos mismos. La misericordia ha sido para ella la «sab» que daba sabor a cada obra suya, y la «duz» que iluminaba las tinieblas de los que no tenían ni siquiera lágrimas para llorar su pobreza y sufrimiento. Su misión en las periferias de las ciudades y en las periferias existenciales permanece en nuestros días como testimonio elocuente de la cercanía de Dios hacia los más pobres”.

que anuncian el Evangelio y celebran los Sacramentos, tiene que ser hoy más que nunca límpido y transparente, si se quiere llevar a cabo una renovada evangelización muy necesaria en los países de vieja tradición cristiana. Damos por descontado que hay fe, a pesar de lo que nos dicen las encuestas y que lo constatamos continuamente a nuestro alrededor de manera impresionante sobre todo a partir de la pandemia del coronavirus. Seguimos actuando y dirigiéndonos a los fieles como si todos tuvieran fe y supieran de qué hablamos cuando les hablamos de las exigencias prácticas de la fe, de una fe cuyo contenido está cada vez más desdibujado porque descuidamos el centro³⁴ y ponemos todo el esfuerzo en actividades puramente asistenciales a modo de sustitutivo de “la fe que actúa por la caridad” (Gál 5,6). Pero hoy la fe no se comunica con grandes discursos, sino con el testimonio de una vida entregada. Según esto, es urgente potenciar una nueva evangelización, especialmente en los países de antigua civilización cristiana. Por eso una pastoral de mantenimiento dirigida a las personas que siguen viendo a nuestras iglesias, personas en gran medida de edad avanzada, supone la prolongación de la agonía del cristianismo en nuestra tierra. El autor checo Tomáš Halík termina su libro con estas palabras: “He llamado a este libro *La tarde del cristianismo*. ¿Acaso la noción de tarde no sugiere la proximidad de la noche, la extinción y la muerte? Respondo:

³⁴ “Si el misterio de la Encarnación continúa en la historia del cristianismo, debemos estar preparados para que Cristo siga entrando de forma creativa en el cuerpo de nuestra historia [...] Si el misterio de la Resurrección continúa en la historia, entonces debemos estar preparados para buscar a Cristo no entre los muertos, en la tumba vacía del pasado, sino para descubrir la Galilea de hoy [...] Estoy convencido de que esta Galilea de hoy es el mundo más allá de los límites visibles de la Iglesia. Si la Iglesia nació del evento de Pentecostés y este evento continúa en su historia, entonces tiene que tratar de hablar de una manera que pueda ser entendida por personas de diferentes culturas, pueblos y lenguas” (T. Halík, *La tarde del cristianismo*, 269s).

en la comprensión bíblica del tiempo, un nuevo día comienza con la noche. No pasemos por alto el momento en el que la primera estrella aparece en el cielo nocturno” (p. 277)³⁵.

4. POR UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ESPERANZA

¿Qué se entiende por *espiritualidad*? Este es un concepto reciente que se difunde en la Iglesia católica por influjo del famoso y valioso *Dictionnaire de Spiritualité*³⁶. Con la noción de ‘espiritualidad’ se quiere indicar una “vida a partir del Espíritu”, bajo la inspiración y el influjo del Espíritu. El Espíritu Santo es, pues, el principio animador y sustentador de la vida cristiana. Como se trata del Espíritu de Cristo, la espiritualidad cristiana es profundamente cristológica y, en último término, trinitaria.

Hoy no es difícil percibir un déficit de esperanza, consecuencia del déficit de fe, que se expresa en un vacío de espiritualidad. En el mercado de la globalización lo que prima es la producción: los países que más producen y a más bajo precio son los que crecen; los que no producen se quedan fuera de la globalización y, por tanto, del progreso. En este mercado global la ideología dominante, que envuelve a todas las demás, es el materialismo, no ya el materialismo dialéctico, sino el materialismo puro y duro. Sólo hay bienes e intercambios *materiales*; la propia existencia del

³⁵ Y así comienza en el Prólogo el mismo autor: “El estado actual de la Iglesia católica recuerda mucho a la situación justo antes de la Reforma. En ese momento, se descubrió un número inusitado de casos de abuso sexual y psicológico que afectó a la credibilidad de la Iglesia y provocó una serie de preguntas relacionadas con el funcionamiento del sistema eclesiástico. Las iglesias vacías y cerradas durante la pandemia de coronavirus las he sentido como una profética señal de advertencia: este puede ser pronto el aspecto de la Iglesia si no se produce un cambio” (p. 14).

³⁶ *Dictionnaire de Spiritualité. Ascétique et Mystique. Doctrine et Histoire* (16 volúmenes, Beauschene, París 1937-1995).

hombre queda reducida a lo que hace, produce y consume. Los valores en alza son el rendimiento económico-productivo y el pragmatismo. La deshumanización del trabajo, y de la economía, tiene mucho que ver con el afán de consumir, pues como Dios ha sido expulsado del horizonte de la vida, sólo quedan los objetos materiales que nunca llenarán el corazón del hombre, y por eso la idolatría del consumo se muestra insaciable. “Hoy se impone por todas partes la forma de vida consumista en la que toda necesidad debe ser satisfecha *de inmediato*”³⁷.

En este contexto, es necesario promover entre los cristianos un estilo de vida diferente, más espiritual, en el que las relaciones interpersonales no estén siempre marcadas por el interés del *do ut des*, sino que haya espacio para la gratuidad. No es posible vivir una “vida a partir del Espíritu” sin el ejercicio de la gratuidad: la gracia que nosotros recibimos y por la que vivimos tiene que traducirse en gracia para los demás.

Esta “vida a partir del Espíritu” tiene que generar forzosamente una espiritualidad de esperanza: el Espíritu se nos da en forma de arras o de aval que nos garantiza la plena posesión de la salvación, puesto que “fuimos salvados en esperanza”. La salvación ciertamente ya está realizada, y nos alcanza a nosotros, pero sólo la podemos percibir y experimentar en esperanza, hasta que la esperanza se convierta en visión. La esperanza está íntimamente vinculada a la experiencia de salvación. Por eso no puede haber esperanza donde no se espera ninguna salvación. Así comienza Benedicto XVI su segunda encíclica:

“*Spe salvi facti sumus* – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm 8,24*). Según la fe cristiana, la ‘redención’, la salvación, no es simplemente un

³⁷ Byung-Chul Han, *Vida contemplativa*, p. 22.

dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que, a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?".

¿Cómo expresa San Pablo esta experiencia, o sea, la experiencia de la salvación que sostiene su esperanza? ¿De qué imágenes se sirve para dárnosla a entender? El gran experto en la teología paulina Joseph A. Fitzmyer, S.J., destaca como "efectos del acontecimiento de Cristo" que sostienen y fundamentan la esperanza teologal, diez aspectos principales que paso a resumir³⁸.

a) Justificación

Esta es la imagen que con más frecuencia emplea san Pablo para traducir su propia experiencia de haber sido salvado por Cristo, experiencia que la expresa de modo admirable con estas palabras: "*Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (Gál 2,20). Según Benedicto XVI, "todo lo que hace san Pablo parte de este centro. Su fe es la experiencia de

³⁸ Joseph A. Fitzmyer, S.J., "Teología paulina", en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*. Nuevo Testamento y artículos temáticos (Verbo Divino, Estella 2004, pp. 1198-1204). A este trabajo nos referimos en adelante cuando citamos sólo el número de página. También tendremos presente la otra obra de este mismo autor *Teología de San Pablo. Síntesis y perspectivas*, Cristiandad, Madrid 1975. Además, añadiremos muchos textos que Benedicto XVI pronunció con ocasión del *Año Paulino* [2008-2009] conmemorativo del bimilenario del nacimiento del Apóstol.

ser amado por Jesucristo de un modo totalmente personal; es la conciencia de que Cristo no afrontó la muerte por algo anónimo, sino por amor a él —a san Pablo—, y que, como Resucitado, lo sigue amando, es decir, que Cristo se entregó por él. Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo convuelve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo”³⁹. Para el Apóstol, Jesús es una “persona que me ama, con la que puedo hablar, que me escucha y me responde, este es realmente el principio para entender el mundo y para encontrar el camino en la historia”⁴⁰. Y al comentar su conversión, afirma el Papa que “San Pablo no fue transformado por un pensamiento sino por un acontecimiento, por la presencia irresistible del Resucitado, de la cual ya nunca podrá dudar. Este acontecimiento cambió radicalmente la vida de San Pablo. Sólo el acontecimiento, el encuentro fuerte con Cristo, es la clave para entender lo que sucedió. En este sentido más profundo podemos y debemos hablar de conversión”⁴¹.

Pues bien, a partir del encuentro con Jesús en el camino de Damasco, Pablo fue percibiendo cada vez con más claridad, desde su propia experiencia, el hecho universal de “la pecaminosidad de todos los seres humanos y el papel de Cristo Jesús en la reparación de esta situación” (p. 1198). Lo expresa de manera apodíctica en Rom 3,23: “*Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*”.

Por tanto, “cuando Pablo afirma que Cristo ha ‘justificado’ a los hombres, está diciendo que Él, por su pasión, muerte y

³⁹ *Homilía en la inauguración del Año Paulino* en la Basílica de San Pablo extramuros, sábado 28 de junio de 2008.

⁴⁰ *La divinidad de Cristo en la predicación de San Pablo*, Audiencia General, 22-10-2008.

⁴¹ *La conversión de San Pablo*, Audiencia General, 3-09-2008.

resurrección, ha logrado que todos estén absueltos o sean declarados inocentes ante el tribunal de Dios con independencia de las obras prescritas por la ley. El proceso de la justificación comienza en Dios, que es ‘justo’ y ‘justifica’ al pecador impío como resultado de lo que Cristo ha hecho en favor de la humanidad. Por eso Pablo habla también de Cristo como ‘nuestra justicia’ (1Cor 1,30), puesto que, mediante su obediencia, muchos serán ‘hechos justos’ (p. 1198). Pues “*así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos*” (Rom 5,19). A los corintios les recuerda Pablo que eran tan pecadores como los demás, “*pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*” (1Cor 6,11). Pablo acentúa que esto sólo es posible por la acción de Dios, por pura gracia acogida en la fe. En efecto, “*todos son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia*” (Rom 3,24s).

Al abordar este tema paulino, Benedicto XVI se pregunta cómo llegó el Apóstol al convencimiento de que lo que nos hace justos ante el Dios justo no son las obras de la ley sino la fe en Jesucristo.

“La iluminación de Damasco le cambió radicalmente la existencia: comenzó a considerar todos sus méritos [que había conseguido cumpliendo escrupulosamente todos los preceptos de la ley], como ‘basura’ frente a la sublimidad del conocimiento de Jesucristo (cf. Flp 3,8). Precisamente por esta experiencia personal de la relación con Jesucristo, san Pablo pone ya en el centro de su Evangelio una irreductible oposición entre dos itinerarios

alternativos hacia la justicia: uno construido sobre las obras de la Ley, el otro fundado sobre la gracia de la fe en Cristo”⁴².

Evidentemente, el Apóstol, después del cambio de mentalidad acontecido en el camino de Damasco, piensa que “*el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley*” (Rom 3,28).

Pero ¿cuáles son esas obras de la Ley que no sirven para alcanzar la justificación? Son aquellas por las que el judío piadoso expresaba su identidad religiosa y nacional, frente a la presión de la cultura helenista dominante: “la circuncisión, las observancias acerca del alimento puro y en general la pureza ritual, las reglas sobre la observancia del sábado etc”. Estas obras servían de muro de contención, de escudo de defensa para proteger la preciosa herencia de la fe. Como los seguidores de Jesús las declararon abolidas, por eso mismo Saúl los perseguía con saña, porque veía en ellos un peligro para la fe y la identidad del pueblo elegido. El encuentro con el Resucitado le hizo ver que el muro levantado entre Israel y los pueblos paganos ya no era necesario, pues Cristo lo había abolido, por tanto, las obras de la ley ya no eran el camino de la justificación del hombre.

“Cristo es nuestra identidad común en la diversidad de culturas, y es él el que nos hace justos. Ser justo quiere decir sencillamente estar con Cristo y en Cristo. Y esto basta. La fe es mirar a Cristo, encomendarse a Cristo, unirse a Cristo, conformarse a Cristo, a su vida. Y la forma, la vida de Cristo es el amor; por tanto, creer es conformarse a Cristo y entrar en su amor. San Pablo sabe que en el doble amor a Dios y al prójimo está presente y se cumple toda la ley. Así, en la comunión con Cristo, en la fe que crea la caridad, se realiza toda la ley. Somos justos

⁴² *La justificación en la enseñanza de san Pablo*, Audiencia General, 19-11-2008.

cuando entramos en comunión con Cristo, que es el amor. La comunión con Cristo, la fe en Cristo, crea la caridad. Y la caridad es realización de la comunión con Cristo. Así, estando unidos a él, somos justos, y de ninguna otra forma”⁴³.

Pablo se ha convencido de que “el hombre no es capaz de ser ‘justo’ con sus propias acciones, sino que realmente sólo puede llegar a ser ‘justo’ ante Dios porque Dios le confiere su ‘justicia’ uniéndolo a Cristo, su Hijo. Y esta unión con Cristo, el hombre la obtiene mediante la fe. Sin embargo, esta fe no es un pensamiento, una opinión o una idea. La fe, si es verdadera, si es real, se convierte en amor, se convierte en caridad, se expresa en la caridad. Una fe sin caridad, sin este fruto, no sería verdadera fe. Sería fe muerta”, como dirá Santiago: “*Del mismo modo que el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta*” (St 2,26). Para San Pablo, la verdadera fe es la que actúa por la caridad (Gál 5,6). O dicho con otras palabras:

“Las consecuencias de una fe que no se encarna en el amor son desastrosas, porque se reduce al arbitrio y al subjetivismo más nocivo para nosotros y para los hermanos. ¿A qué se reduciría una liturgia que se dirigiera sólo al Señor y que no se convirtiera, al mismo tiempo, en servicio a los hermanos, [a qué se reduciría] una fe que no se expresara en la caridad? Esto es lo esencial: la ética cristiana no nace de un sistema de mandamientos, sino que es consecuencia de nuestra amistad con Cristo. Esta amistad influye en la vida: si es verdadera, se encarna y se realiza en el amor al prójimo”⁴⁴.

⁴³ *La justificación en la enseñanza de san Pablo*, (Audiencia General, 19-11-2008).

⁴⁴ Benedicto XVI, *La doctrina de la justificación. De la fe a las obras* (Audiencia General 26-11-2008).

La justificación nos la regala Dios por la fe en Cristo, una fe que actúa por la caridad (Gál 5,6) y alienta la esperanza, pues “la fe es la sustancia de la esperanza”⁴⁵.

Para completar este punto es bueno tener presente el siguiente documento:

*Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación
Federación Luterana Mundial y Pontificio Consejo para la
Promoción de la Unidad de los Cristianos (31/10/1999).*

El Mensaje bíblico de la Justificación

“Nuestro común arte y manera de escuchar la Palabra de Dios en las Escrituras ha dado lugar a estos nuevos enfoques. Juntos y juntas oímos lo que dice el Evangelio: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Esta buena nueva se plantea de diversas maneras en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento escuchamos la palabra de Dios acerca del pecado (Sal 51,1-5; Dn 9,5 y ss; Ecl 8,9 y ss; Esd 9,6 y ss) y la desobediencia humana (Gn 3,1-19 y Neh 9,16-26), así como la «justicia» (Is 46,13; 51,5-8; 56,1; cf 53,11; Jer 9,24) y el «juicio» de Dios (Ecl 12,14; Sal 9,5 y ss; y 76,7-9). En el Nuevo Testamento se tratan en forma diferenciada los temas de la «justicia» y la «justificación» en los evangelios de san Mateo (5,10; 6,33 y 21,32) y san Juan (16,8-11); en las cartas de los Hebreos (5,1-3 y 10,37-38) y de Santiago (2,14-26)10. También en las cartas de san Pablo se describe de varias maneras el don de la salvación, entre ellas: «Estad pues, firmes

⁴⁵ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana (30/11/2007), n. 10.

en la libertad con que Cristo nos hizo libres» (Gál 5,1-13, cf. Rom 6,7); «Y todo esto proviene de Dios que nos reconcilió consigo mismo» (2 Cor 5,18-21; cf. Rom 5,11); «tenemos paz con Dios» (Rom 5,1); «es nueva criatura» (2 Cor 5,17); «vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6,11-23) y «santificados en Cristo Jesús» (1 Cor 1,2 y 1,31; 2 Cor 1,1). Entre estas expresiones sobresale la descripción de la «justificación» del pecado de los seres humanos por la gracia de Dios por medio de la fe (Rom 3, 23-25), que cobró singular relevancia en la época de la Reforma. San Pablo describe el Evangelio como fuerza de Dios para la salvación de quien ha caído bajo el poder del pecado: como mensaje que proclama que «la justicia de Dios se revela de fe en fe» (Rom 1,16-17) y otorga la «justificación» (Rom 3,21-31). Proclama a Jesucristo como «nuestra justificación» (1 Cor 1,30), atribuyendo al Señor resucitado lo que Jeremías proclama de Dios mismo (23,6). En la muerte y resurrección de Cristo están arraigadas todas las dimensiones de su obra redentora, ya que él es «Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4,25). Todos los seres humanos tienen necesidad de la justicia de Dios, pues «todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (Rom 1,18; 2,23; 3,22; 11,32 y Gál 3,22). En la carta a los Gálatas (3,6) y en la carta a los Romanos (4,3-9) comprende Pablo la fe de Abrahán (Gn 15,6) como fe en el Dios que justifica a los pecadores y apela al testimonio del Antiguo Testamento, para subrayar su evangelio de que la justicia le es imputada a quienes como Abrahán confían en la promesa de Dios. «El justo vivirá por la fe» (Hab 2,4; cf. Gál 3,11; Rom 1,17). En las cartas paulinas la justicia de Dios es también fuerza para aquellos que creen (Rom 1,16s) El hace que sea justicia nuestra la suya (2 Cor 5,21). La justificación se nos otorga por medio de Cristo Jesús, «a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe» (Rom 3,2, véase 3,21-28). «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto

no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras...» (Ef 2,8-9). (11) La justificación es perdón de los pecados (cf. Rom 3,23-25; Hech 13,39 y Lc 18,14), liberación del dominio del pecado y la muerte (Rom 5,12-21) y de la maldición de la ley (Gál 3,10-14). Es aceptación en la comunión con Dios, ahora ya, aunque plenamente realizada en el futuro reino de Dios (Rom 5,12). Ella nos une a Cristo, a su muerte y resurrección (Rom 6,5). Acontece por la recepción del Espíritu Santo en el bautismo como incorporación al cuerpo uno (Rom 8,1-2.9-11; 1 Cor 12,12-13). Todo ello proviene sólo de Dios, por causa de Cristo y por gracia mediante la fe en «el evangelio del Hijo de Dios» (Rom 1,1-3). Las personas justificadas viven por la fe que dimana de la Palabra de Cristo (Rom 10,17) y que obra por el amor (Gál 5,6), que es fruto del Espíritu (Gál 5,22). Pero como los poderes y las pasiones atacan a las personas creyentes desde fuera y desde dentro (Rom 8,35-39 y Gál 5,16-21) y sucumben al pecado (1 Jn 1,8.10), han de escuchar una y otra vez las promesas de Dios y confesar sus pecados (1 Jn 1,9), participar en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y ser exhortadas a vivir en justicia, conforme a la voluntad de Dios. De ahí que el Apóstol diga a las personas justificadas: «ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece» (Fil 2,12-13). Mas esto no invalida la buena nueva: «Por consiguiente, ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús» (Rom 8,1) y en quienes Cristo vive (Gál 2,20). Por la justicia de Cristo «procura a todos los hombres toda la justificación que da la vida» (Rom 5,18)” ([joint_declaration_2019_es.pdf](http://lutheranworld.org) (lutheranworld.org)).

b) Salvación

Siguiendo la enumeración del exégeta norteamericano, Fitzmyer, una segunda imagen que emplea san Pablo para expresar

lo que supuso para él el encuentro con Cristo es “salvación”, estrechamente unida a la anterior, pues “la justificación del cristiano es otra de las formas con que Pablo expresa los efectos de la acción salvífica de Cristo”⁴⁶. Pues “en el encuentro con Jesús le quedó muy claro el significado central de la cruz: comprendió que Jesús *había muerto y resucitado por todos* y por él mismo. En la cruz, por tanto, se había manifestado el amor gratuito y misericordioso de Dios. Días tras día, en su nueva vida, experimentaba que la salvación era ‘gracia’, que todo brotaba de la muerte de Cristo y no de sus méritos. Así, el ‘evangelio de la gracia’ se convirtió para él en la única forma de entender la cruz. Para San Pablo la cruz tiene un primado fundamental en la historia de la humanidad; representa el punto central de su teología, porque decir cruz quiere decir *salvación como gracia* dada a toda criatura. La cruz revela ‘el poder de Dios’ (cf. 1Cor 1,24), que es diferente del poder humano, pues revela su amor. El Crucificado manifiesta de verdad quién es Dios, es decir, poder de amor que llega hasta la cruz para salvar al hombre”⁴⁷. Pero “por sí sola la cruz no podría explicar la fe cristiana; más aún, sería una tragedia, señal de la absurdidad del ser. El misterio pascual consiste en el hecho de que el Crucificado ‘resucitó al tercer día, según las Escrituras’ (1Cor 15,4): el que fue crucificado y así manifestó el inmenso amor de Dios por el hombre, resucitó y está vivo en medio de nosotros”⁴⁸.

La idea de ‘salvación’ que tiene detrás san Pablo está inspirada en el acontecimiento “de la liberación del pueblo de Israel llevada

⁴⁶ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*. Síntesis y perspectivas, Cristiandad, Madrid 1975, p. 132.

⁴⁷ Benedicto XVI, *La teología de la cruz en la predicación de san Pablo*, Audiencia General, 29-10-2008.

⁴⁸ Benedicto XVI, *La resurrección de Cristo en la teología de san Pablo*, Audiencia General, 5-11-2008.

a cabo por Dios. La imagen expresa liberación o rescate de un mal o de un daño, físico, psíquico, nacional, de catástrofes o moral. Al usarla, Pablo reconoce que los cristianos ‘son salvados’ por la cruz de Cristo, es decir, rescatados del mal (moral y de otros tipos)” (p.1199). El Apóstol es bien consciente de que “*la predicación de la cruz es una locura para los que se pierden; mas para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios [...] De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la locura de la predicación [...] Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios*” (1Cor 1,18.21-24)⁴⁹.

Esta enseñanza paulina

“tiene importantes consecuencias para nuestra vida de fe: estamos llamados a participar hasta lo más profundo de nuestro ser en todo el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo. Esto se traduce en la práctica compartiendo los sufrimientos de Cristo, como preludio a la configuración plena con él mediante la resurrección, a la que miramos con esperanza. La teología de la cruz no es una teoría; es la realidad de la vida cristiana. El cristianismo no es el camino de la comodidad; más bien, es una escalada exigente, pero iluminada por la luz de Cristo y por la gran esperanza que nace de él. Experimentando el sufrimiento, conocemos la vida en su profundidad, en su

⁴⁹ “La especulación racional, que en el mundo pasa por la sabiduría, no se había dado cuenta de que Dios actuó a través de un salvador sufriente, *la locura de lo que predicamos*: Esta es la palabra de la cruz (1,18) [...] La locura de Dios es un Cristo crucificado que los judíos rechazan debido a sus expectativas mesiánicas y los gentiles debido a su racionalismo” (J. Murphy-O’Connor, O.P., “Primera carta a los Corintios”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2004, p. 318).

belleza, en la gran esperanza suscitada por Cristo crucificado y resucitado”⁵⁰.

En la carta a los filipenses llama Pablo a Jesús “salvador”: “*Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas*” (Flp 3,20s)⁵¹. Históricamente, Jesús ya ha realizado la salvación, pero lo que esta significa en su plenitud sólo se nos revelará al final de los tiempos (dimensión escatológica). En efecto, “*Dios no nos ha destinado para la ira, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con Él*” (1Ts 5,9s). Esta mirada de la esperanza aparece también en este texto: “*La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados de la ira! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!*” (Rom 5,9-10). Estamos salvados, ciertamente, pero todavía estamos a la espera de la realización plena de la salvación, “*porque nuestra salvación es en esperanza*” (Rom 8,24).

Justamente porque nuestra salvación espera su plena realización en el futuro de Dios, por eso san Pablo dice que Cristo mientras tanto intercede por nosotros en el cielo (cf. Rom

⁵⁰ Benedicto XVI, *La resurrección de Cristo en la teología de san Pablo*, Audiencia General, 5-11-2008.

⁵¹ “Los cuerpos de los cristianos, que actualmente son partícipes de la mortalidad de la vida presente, no pueden entrar en la gloria final sin pasar por una ‘transformación’ [...] en la forma de su cuerpo glorioso: Cristo resucitado es también modelo en cuanto representante de la verdadera humanidad que Dios quiso para los seres humanos desde el principio (Rom 8,19-21.29-30)” (B. Byrne, S.J., “Carta a los Filipenses”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 312).

8,34). Es ésta también la razón por la que puede recomendar a los filipenses: “*Trabajad por vuestra propia salvación con temor y temblor*” (Flp 2,12), pero añadiendo inmediatamente: “*porque Dios es quien está trabajando en vosotros el querer y el obrar en virtud de su beneplácito*” (Flp 2,13), para que nadie pueda pensar que la salvación puede lograrse sin la gracia de Dios. Igualmente, relacionada con ese futuro escatológico está la advertencia de Pablo acerca del juicio, “*porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal*” (2Cor 5,10). O como escribe a los Romanos: en aquel día “*Dios dará a cada cual según sus obras: a los que, por la perseverancia en el bien busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: ira y cólera. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal: del judío primeramente y también del griego; en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien; al judío primeramente y también al griego; que Dios es imparcial*” (Rom 2,6-11). Según esto, el Apóstol afirma que “Dios no tiene acepción de personas; pese a sus privilegios, los judíos no saldrán mejor librados que los gentiles, a menos que hagan lo que se supone de deben hacer”⁵².

Esta dimensión escatológica de la salvación hay que tenerla siempre presente, para comprender lo que Cristo hizo por nosotros en su misterio pascual: nos salvó en esperanza. En la carta a los Efesios, la idea de la justificación por la fe se transforma en la de la salvación (cambia ‘justificación’ por ‘salvación’): “*Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicásemos*” (Ef 2,8-

⁵² J.A. Fitzmyer, S.J., “Carta a los Romanos”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 371.

10). Aquí Pablo “habla de la salvación como el resultado del don de Dios exclusivamente. La dicotomía no es ya fe u obras (Rom 3,28), sino gracia de Dios o buenas acciones del hombre”⁵³.

c) Reconciliación

Una tercera imagen empleada por Pablo para dar a entender lo que significó para él el encuentro con Cristo es la de “reconciliación”⁵⁴. “Cuando Pablo aplica esta imagen al acontecimiento de Cristo, siempre habla de Dios o Cristo, que reconcilia consigo a los hombres, porque todos son enemigos o pecadores. La iniciativa es de Dios, quien, mediante Cristo, consigue que los pecadores pasen de un estado de enemistad a otro de amistad” (p. 1200). Veamos algunos textos: “*Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación*” (2Cor 5,18s).

En la carta a los Romanos, Pablo pone de relieve las consecuencias o efectos de la reconciliación: “*Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación*” (5,10s)⁵⁵.

⁵³ P.J. Kobelski. “Carta a los Efesios”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 445.

⁵⁴ Léon Roy, O.S.B., “Reconciliación”, en X. Léon-Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1973, 756s. Desarrolla este concepto que no es “sino un aspecto de su obra de redención” a través de cuatro notas: la iniciativa de Dios; los efectos de la reconciliación; el ministerio de la reconciliación; la acogida del don de Dios.

⁵⁵ “El efecto de la justificación es que el cristiano llega hasta a gloriarse de Dios mismo, mientras que antes vivía atemorizado por su ira. Tras haber experimentado

En la carta a los Efesios habla de la reconciliación entre los dos pueblos mediante la superación del muro que los separaba: Cristo “*es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad, anulando en su carne la ley con sus mandamientos y decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo las paces, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad [...] Por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu*” (Ef 2,14-18)⁵⁶.

Según el Apóstol, la reconciliación alcanzada por Cristo no afecta sólo a la relación del hombre con Dios, consigo mismo y con los demás, sino que alcanza también a la creación entera que espera “*ser liberada de la esclaritud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*” (Rom 8, 20-22). Esta implicación cósmica aparece también en Col 1,20: Dios quiso “*reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos*”. Para Pablo, “el efecto principal de la pasión, muerte y resurrección de Cristo es la reconciliación del hombre con Dios, la restauración del hombre en el estado de paz y unión con el Padre [...] El Padre ha reconciliado a los hombres consigo mismo a través de Cristo, y concretamente a través de la muerte de Cristo, ‘por su sangre’ (Rom 5,9)”⁵⁷.

el amor de Dios en la muerte de Cristo, puede exultar ante el mero pensamiento de Dios” (J.A. Fitzmyer, S.J., “Carta a los Romanos”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 382).

⁵⁶ “La humanidad vieja quedó defectuosa y alejada de Dios debido al pecado de Adán (Rom 5,12-17), pero la humanidad nueva creada en Cristo ha sido reconciliada con Dios mediante la cruz” (P.J. Kobelski, “Carta a los Efesios”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 446).

⁵⁷ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*, pp. 123.124.

d) Expiación

Otro de los efectos del acontecimiento de Cristo lo expresa San Pablo con la imagen de la ‘expiación’. Esta imagen la toma el Apóstol del Antiguo Testamento⁵⁸. En el Santo de los Santos se guardaba el arca de la alianza (cf. Ex 25,17-22); sobre ella, a modo de cubierta, se colocó una lámina de oro fino que “estaba pensada como punto de contacto entre Dios y el hombre, punto de la presencia misteriosa de Dios en el mundo de los hombres”. Sobre esta lámina, el Sumo Sacerdote derramaba, una vez al año, la sangre de los animales sacrificados en el día de la expiación (cf. Lv 16,14-20: *Yom Kippur*), “sangre que simbólicamente ponía los pecados del año transcurrido en contacto con Dios y, así, los pecados arrojados al abismo de la bondad divina quedaban como absorbidos por la fuerza de Dios, superados, perdonados. La vida volvía a empezar”⁵⁹. La Vulgata tradujo el nombre de esta lámina (*kapporet / hilasterion*) como ‘*propitiatorium*’, o sea, el lugar donde, mediante la sangre del sacrificio, el pueblo se congraciaba con Dios.

Pablo usa esta imagen sólo en Rom 3,25: a Cristo Jesús “*Dios exhibió como instrumento de propiciación [hilasterion] por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente*”. Según el Apóstol, lo que representaba antiguamente el rito de la expiación repetido cada año, Cristo lo ha llevado a perfección de una sola vez con su muerte en la cruz,

⁵⁸ “Las traducciones de la Biblia utilizan con frecuencia el término ‘expiación’, o a veces ‘propiciación’ en el AT, sea a propósito de los sacrificios ‘por el pecado’, en que se dice que el sacerdote ‘ejecuta el rito de la expiación’ (p.e. Lev 4), sea, todavía más especialmente, a propósito de la fiesta anual llamada generalmente ‘el día de las expiaciones’ o ‘el gran día de la expiación’, cuyo ritual está descrito detalladamente en Lev 16” (St. Lyonnet, “Expiación”, en *Vocabulario de Teología bíblica*, p. 322).

⁵⁹ Benedicto XVI, *Ha llegado el tiempo del verdadero culto*, Catequesis miércoles 7 de enero de 2009.

por eso Cristo crucificado es el nuevo y definitivo ‘propiciatorio’, por cuya sangre derramada se borran los pecados del mundo. En el propiciatorio de la cruz se da el verdadero contacto entre el hombre y Dios: Cristo crucificado “es el lugar de contacto entre la miseria humana y la misericordia divina; en su corazón se deshace la masa triste del mal realizado por la humanidad y se renueva la vida”⁶⁰. Pero para entender bien lo que aquí está en juego es necesario tener en cuenta lo siguiente:

“La muerte de Cristo en expiación del pecado fue un acto de amor simultáneamente hacia el Padre y hacia los hombres, por el que Jesús hizo la oblación de su vida para volver a consagrar los hombres a Dios [...] Pablo *no* enseña que el Padre quisiera la muerte de su Hijo para satisfacer las deudas contraídas con Dios o con el diablo por los pecados del hombre [...] No es que Cristo vaya a la muerte como víctima vicaria que paga la deuda al Padre o al diablo, sino que el Padre amoroso, reconociendo el amor que el Hijo le tiene a él y a la humanidad, salda la cuenta pendiente ofreciendo a su propio Hijo. Fundamentalmente es un acto de amor de Dios que se ha derramado en los corazones de los hombres (Rom 5,6-8;8,35.39)”⁶¹.

e) Redención / rescate

Otra imagen de la que se sirve Pablo para expresar su experiencia del encuentro con Cristo, que cambió su existencia y le posibilitó una vida nueva, es ‘redención’ o ‘rescate’. El trasfondo de esta imagen está en el Antiguo Testamento, en la intervención de Dios para rescatar a su pueblo de la esclavitud: “*Yo soy Yahvé; Yo os sacaré de los duros trabajos de los egipcios, os libraré de*

⁶⁰ Benedicto XVI, *Ha llegado el tiempo del verdadero culto*, Catequesis, 7 de enero de 2009.

⁶¹ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*, p. 129.

su esclavitud y os redimiré con brazo poderoso” (Ex 6,6). Tras el paso del Mar Rojo, Moisés y los israelitas entonaron este cántico a Yahvé: “*Guiaste con bondad al pueblo que rescataste, los condujiste con poder a tu santa morada*” (Ex 15,13).

Pablo “ve la ‘redención’ como un efecto del acontecimiento de Cristo: reconoce que la pasión y muerte de Cristo eran un rescate para liberar a los pecadores de la esclavitud o cautividad” (p. 1202). Por eso cuando recuerda a los corintios que han sido “*comprados a gran precio*” (1Cor 6,20; 7,23) les está diciendo que el precio que Cristo ha tenido que pagar por el rescate ha sido muy grande⁶². Pero no dice nunca a quién se ha pagado ese precio. Pablo además nunca llama a Cristo ‘redentor’; ni siquiera habla de ‘rescate’. Pero lo llama ‘nuestra redención’: Dios hizo a Cristo para nosotros redención (1Cor 1,30). Y llega a afirmar que “*en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús*” (Rom 3,24), todos los hombres, pues “*todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*”, son liberados y justificados. Pero, aunque la redención ya ha sido realizada, “todavía hay un aspecto futuro, escatológico, porque los cristianos ‘esperan la redención del cuerpo’ (Rom 8,23), y hasta un aspecto cósmico, puesto que la ‘creación’ (Rom 8,19-23) gime esperándola” (p. 1202).

El himno de la carta a los Efesios relaciona la redención con el perdón de los pecados: “*En Cristo tenemos por medio de su sangre la*

⁶² “El término ‘redención’ no sirve solamente para designar la obra llevada a cabo por Cristo en el Calvario, sino igualmente la que realizará el final de los tiempos en el momento de la parusía y de la resurrección gloriosa de los cuerpos [...] y en los dos casos se trata de una liberación, pero quizás todavía más de una ‘adquisición’, de una ‘toma de posesión por Dios’ [...] Por eso es por lo que el NT pudo expresar esta misma noción por medio del verbo ‘comprar’ (gr. *agoradsein*, 1Cor 6,20;7,23; cf. Gál 3,13; 4,5) [...] Redención ‘costosa’: a la inmolación de víctimas irracionales sucede el sacrificio personal y voluntario del Siervo de Yahveh que ‘entregó su vida a la muerte’ (Is 53,12) y ‘sirvió bien a la comunidad (53,11 LXX)’ (St. Lyonnet, “Redención”, en *Vocabulario de Teología bíblica*, 758s).

redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia” (Ef 1,7). Igualmente, en Col 1,13s: el Padre “nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo querido, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados”⁶³.

f) Libertad

En su polémica con los gálatas, termina el Apóstol afirmando con gran contundencia: “Para ser libres nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Gál 5,1). De la obra salvadora de Cristo brota la libertad, “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom 8,21), esa libertad “que anhela ávidamente toda la creación, aún no es perfecta. No obstante, existe una libertad que Cristo ha logrado ya para los hombres”⁶⁴. Con el término ‘libertad’, el Apóstol se refiere a veces a la obra de ‘redención/rescate’ realizada por Jesucristo; pero casi siempre que utiliza esta palabra la relaciona con “la idea grecorromana de libertad como estado social de los ciudadanos en una *polis* griega o un *municipium* romano [...] Pablo aplica esta imagen al acontecimiento de Cristo, dando a entender que Cristo Jesús ha puesto a los cristianos en libertad, les ha dado los derechos de ciudadanos de una ciudad o estado libre” (p.1203).

⁶³ “Pablo, al declarar que ‘Dios condenó al pecado en la carne’ (Rom 8,3) [...] precisa que esta victoria de Dios por su Cristo sobre el pecado se efectuó allí mismo donde Satán creía reinar para siempre, ‘en la carne’; explica que a este objetivo ‘envió Dios a su Hijo en la semejanza de una carne de pecado, es decir, una condición en la que la carne de Cristo, sin ser como la nuestra ‘instrumento de pecado’ [...]. El ‘retorno a Dios’, la ‘redención’ se ha efectuado en cuanto que Cristo ha pasado del estado ‘carnal’ al estado ‘espiritual’, y nosotros en él” (St. Lyonnet, “Redención”, 761s).

⁶⁴ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*, p. 130.

En efecto, *nuestra ciudadanía, la que nos hace libres, está en los cielos* (Fpl 3,20), pero ejercemos los derechos de ciudadanos del cielo mientras estamos en la tierra, pues “aunque todavía no han llegado plenamente al nuevo eón, los cristianos ya están empadronados como ciudadanos de la ‘ciudad celestial’”⁶⁵: “*Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas*”.

El fundamento de esta condición de ciudadanos libres está en el Espíritu, porque “*donde está el Espíritu del Señor, hay libertad*” (2Cor 3,17). Esta libertad es una conquista de Cristo, que los gálatas parecen haber olvidado (cf. 5,1). La esclavitud a la que se refiere el Apóstol es la del pecado y la muerte, es la ley, es el propio yo (cf. Rom 5-7; esp. 7,3; 8,1-2)⁶⁶. En la Carta a los Romanos les dice: “*Cuando erais esclavos del pecado fuisteis liberados para la justicia*” (6,20). La libertad que Cristo nos ha conquistado aparece también en la alegoría de Sara y Agar (Gál 4,21-31): nosotros somos hijos de la mujer libre. En su lucha contra los judaizantes, Pablo denuncia a los falsos hermanos que se “*han introducido subrepticiamente para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús*” (Gál 2,4). Este aspecto del acontecimiento de Cristo también tiene un matiz, un tono escatológico: la creación espera ser liberada “*de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios [...] Y no sólo ella; también nosotros gemimos en nuestro interior anhelando el*

⁶⁵ B. Byrne, S.I., “Carta a los Filipenses”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 312.

⁶⁶ “El creyente es libre en cuanto que en Cristo ha recibido el poder de vivir ya en la intimidad del Padre, sin verse impedido por los lazos del pecado, de la muerte y de la ley”, tres conceptos paulinos desarrollados a continuación, para terminar con el ejercicio de la libertad cristiana entendida como *parresia*, frente a todo libertinaje, y sobre todo, destacando el primado de la caridad en el ejercicio de la libertad (León Roy, “Liberación, libertad”, en *Vocabulario de Teología bíblica*, 485-387).

rescate de nuestro cuerpo” (Rom 8,21.23). Pablo sabe muy bien que “los cristianos no han realizado todavía enteramente este destino [y por eso] insiste: *‘Vosotros fuisteis llamados a la libertad, pero no la uséis como una ocasión para la carne’* (Gál 5,13). La libertad no es libertinaje, [al contrario] *‘haceos esclavos unos de otros por el amor’* (Gál 5,13)” (p. 1203).

En la homilía de la inauguración del Año paulino, Benedicto XVI destacó

“una de las palabras-clave [de la teología paulina]: la libertad. La experiencia de ser amado hasta el fondo por Cristo le había abierto los ojos sobre la verdad y sobre el camino de la existencia humana; aquella experiencia lo abarcaba todo. San Pablo era libre como hombre amado por Dios que, en virtud de Dios, era capaz de amar juntamente con él. Este amor es ahora la ‘ley’ de su vida, y precisamente así es la libertad de su vida. Habla y actúa movido por la responsabilidad del amor. Libertad y responsabilidad están aquí inseparablemente unidas. Por estar en la responsabilidad del amor, es libre; por ser alguien que ama, vive totalmente en la responsabilidad de este amor y no considera la libertad como un pretexto para el arbitrio y el egoísmo”⁶⁷.

g) Santificación

San Pablo utiliza también el término ‘santificación’ para expresar la gracia que brota del acontecimiento de Cristo; ciertamente no la inventó él, proviene del Antiguo Testamento. Cuando Yahvé se apareció a Moisés en la zarza ardiente, “le dijo: *‘No te acerques aquí; quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo santo’*” (Ex 3,5). Jerusalén es la ciudad santa (Is 48,2); el templo es santo (Is 64,10). El pueblo de Israel es una nación

⁶⁷ Homilía en la Basílica de San Pablo extramuros, sábado 28 de junio de 2008

santa (Ex 19,6). La santidad brota del mismo ser de Dios tres veces santo (cf. Is 6,3 Ap 4,8). “*Yahvé dijo a Moisés: Di a toda la comunidad de los israelitas: Sed santos, porque yo, Yahvé, vuestro Dios, soy santo*” (Lev 19,1s).

Con el término ‘santificación’ no se quería expresar una consagración interior de las personas al servicio de Yahvé. “Era un término cíltico que indicaba la separación de personas y cosas de la esfera secular o profana para el servicio divino. Según Pablo, Dios hizo a Cristo ‘nuestra santificación’ (1Cor 1,20), es decir, el medio por el que los seres humanos se consagraban de nuevo a Dios y se disponían a servirle con temor y respeto. A esto ‘nos ha llamado Dios’ (1Tes 4,7), y hemos sido ‘santificados’ o ‘hechos santos’ por Cristo Jesús [“*habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo*” (1Cor 6,11)], o por su Espíritu [Pablo ejerce el sagrado oficio del Evangelio de Dios, “*para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo*” (Rom 15,16)]. Es esto tan cierto para Pablo que ‘santos’ es una designación corriente de los cristianos; los cristianos están llamados a ser santos” (p. 1203): “*A todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación, a vosotros gracia y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*” (Rom 1,7). Y en el saludo “*a la Iglesia de Dios que está en Corinto: a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos*” (1Cor 1,2).

h) Transformación

Pablo toma esta imagen de la mitología grecorromana; por entonces circulaban muchas leyendas sobre transformaciones o metamorfosis de serpientes en piedras⁶⁸, o más tarde, la de Lucio

⁶⁸ “Entonces apareció un gran portento: una serpiente de lomo rojo intenso, paverosa [...] Allí había unos polluelos de gorrión recién nacidos, tiernas criaturas sobre la cimera rama, acurrucados de terror bajo las hojas: eran ocho, y la novena era la madre que había tenido a los hijos [...] Tras devorar a los hijos del gorrión y a la propia madre [...] la convirtió en piedra el taimado hijo de Crono” (*Ilíada*, canto

en un asno⁶⁹. Al aplicarla al acontecimiento de Cristo, el Apóstol quiere dar a entender cómo Jesús transforma gradualmente a los seres humanos ‘que vuelven al Señor’. El Dios creador, por medio de Cristo resucitado, hace brillar de nuevo la luz creadora en la vida humana, que queda transformada por ella. Pablo aclara esta imagen en la segunda carta a los corintios: “*Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos*” (2Cor 3,18). Comentando este texto, dice Murphy-O’Connor que “la salvación es un proceso cuya meta consiste en la conformidad con Cristo. La auténtica humanidad de éste debe hacerse progresivamente manifiesta en los creyentes [...] A medida que los creyentes se van conformando con Cristo, se hacen cada vez más capaces de rendirle el honor que se debe a Dios [...] El agente de la transformación es Dios que actúa a través del Espíritu”⁷⁰. Íntimamente relacionado con ese versículo está este otro de la misma carta: “*Pues el mismo Dios que dijo: Del seno de las tinieblas brille la luz, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo*” (2Cor 4,6). El rostro de Cristo es como un espejo que refleja la gloria que viene del Dios creador. “Esta es una de las más sublimes descripciones paulinas del acontecimiento de Cristo” (p. 1204).

Finalmente, en la carta a los Filipenses habla también de la futura transformación operada por Cristo en nosotros: “Él

II, 305-319. Introducción general, traducción y notas de Emilio Crespo Güemes, Biblioteca Básica Gredos, Madrid 2000, p. 30).

⁶⁹ Cf. Apuleyo, *El asno de oro*, libro III, nn. 22-25. Introducción general de F. Pejenaute Rubio. Traducción y notas de L. Rubio Fernández, Biblioteca Básica Gredos, Madrid 2001, pp. 71-73ss.

⁷⁰ J. Murphy-O’Connor, “Segunda carta a los Corintios”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 346.

transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (3,21). De esta imagen los Padres griegos “derivaron la idea posterior de *theopoesis*, la gradual ‘divinización’ del cristiano, que en ellos es prácticamente un equivalente de ‘justificación’” (p. 1204).

i) Nueva creación

Esta imagen, relacionada con la anterior, Pablo la toma también de los textos del Antiguo Testamento acerca de la creación. Dios es el creador del cielo y la tierra y de los hombres. “Al aplicarla al acontecimiento de Cristo, Pablo quiere decir que Dios ha creado de nuevo a la humanidad en Cristo, dándole ‘novedad de vida’ (Rom 6,4), es decir, una vida en unión con el Cristo resucitado (Gál 2,20: ‘Cristo vive en mí’), una vida destinada a compartir ‘la gloria de Dios’ (Rom 3,23)” (p. 1204).

Al final de la carta a los Gálatas, afirma Pablo que “*lo que cuenta no es la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la creación nueva*” (6,15). “*Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo*” (2Cor 5,17). Esta es la razón por la que Pablo llama a Cristo resucitado ‘*el último Adán*’ (1Cor 15,45): él es cabeza de la humanidad nueva, escatológica, igual que el primer Adán fue el comienzo de la vida para la humanidad terrena. Por eso, puede decir Pablo que Dios “*a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos*” (Rom 8,29). Y de esa forma los hará partícipes de su propia resurrección. Pues “*Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder*” (1Cor 6,14). Pues sabemos que “*el que resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros*” (2Cor 4,14). Pero este final tiene un principio: “en Cristo se ha inaugurado ya una nueva creación [...] Esto se aplica en primer lugar al hombre renovado interiormente por el bautismo a imagen de

su Creador (Col 3,10), hecho en Cristo ‘nueva criatura’ (Gál 6,15): en él ha desaparecido el ser antiguo, un nuevo ser existe (2Cor 5,17)⁷¹. En efecto, “*fuimos con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos injertado en él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos por una resurrección semejante*” (Rom 6,4-5). En efecto, “el bautismo produce una identificación del cristiano con Cristo glorificado, posibilitando que aquél viva en realidad con la vida de Cristo mismo (Gál 2,20); esto conlleva una ‘nueva creación’ [...] El cristiano, identificado con Cristo por medio del bautismo, queda capacitado para llevar una nueva vida consciente que no puede conocer el pecado”⁷². La enseñanza paulina a este respecto, suena como un eco de lo que Jesús le dijo a Nicodemo del nuevo nacimiento “*de agua y de Espíritu*” (Jn 3,5), también el Apóstol destaca la obra del Espíritu en la nueva creación por la resurrección, pues “*si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros*” (Rom 8,11). Para Pablo, “Jesús es instrumento de una ‘creación nueva’ (2Cor 5,17; Gál 6,15), porque con la resurrección se hizo *pneuma zoopoiooun*, ‘espíritu de vida’ (1Cor 15,45). En virtud de este principio dinámico, Pablo comprueba que ya no es él quien vive, sino que es Cristo resucitado quien vive en él (Gál 2,20), transformando incluso su vida física (cf. 2Cor 3,18; 4,5-6)”⁷³.

⁷¹ Paul Auvray, “Creación”, en *Vocabulario de Teología bíblica*, p. 198.

⁷² J.A. Fitzmyer, “Carta a los Romanos”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, p. 387.

⁷³ J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*, p. 119s.

j) Glorificación

Por último, Pablo emplea también los términos ‘gloria’ o ‘glorificación’ para expresar su experiencia del acontecimiento salvador de Cristo que fundamenta la esperanza. Detrás están las afirmaciones veterotestamentarias que hablan de la gloria o esplendor de Dios (*kabod*) cuando él se manifiesta⁷⁴. Así, durante la estancia de Moisés en el Sinaí, se nos dice que “*la nube cubría el monte. La gloria de Yahvé descansaba sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo día, Yahvé llamó a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yahvé aparecía a los israelitas como fuego devorador sobre la cumbre del monte*” (Ex 24,15-17). Y cuando Yahvé toma posesión del santuario se dice: “*La Nube cubrió entonces la Tienda del Encuentro y la gloria de Yahvé llenó la Morada. Moisés no podía entrar en la Tienda del Encuentro, pues la Nube moraba sobre ella y la gloria de Yahvé llenaba la Morada*” (Ex 40,34s). Cuando la rebelión de los israelitas en el desierto, “*toda la comunidad hablaba de apedrearlos, cuando la gloria de Yahvé se apareció a todos los israelitas en la Tienda del Encuentro*” (Nm 14,10). Por tanto, con el término “gloria” el Antiguo Testamento quiere expresar la manifestación de Dios que, al ser absolutamente trascendente, reviste formas de aspecto numinoso “tremendo y fascinante”⁷⁵.

Pablo relaciona ‘gloria’ con el Dios creador; por eso con la imagen de ‘glorificación’ “está refiriéndose a otro aspecto del poder transformador de Cristo resucitado. Lo presenta como ‘glorificador’ de los cristianos, es decir, concediéndoles ya desde ahora una participación en la gloria de la que él, una vez resucitado de entre los muertos, disfruta junto al Padre” (p. 1204).

⁷⁴ Cf. D. Mollat, “Gloria”, en *Vocabulario de Teología bíblica*, 357-361.

⁷⁵ Cf. R. Otto, *Lo Santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios* (original alemán *Das Heilige*, 1917), Alianza Editorial, Madrid, 1980.

“Pablo habla de este efecto en Rom 8,30: *‘A los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó también los justificó; y a los que justificó también los glorificó’*”. Si bien, esta glorificación que parece ponerse en cuestión por los trabajos, persecuciones y sufrimientos que experimentan frecuentemente los discípulos, se mostrará plenamente en el futuro: *‘Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros’*” (Rom 8,18). De esta gloria hay que hacerse dignos durante nuestra peregrinación por este mundo, por eso el Apóstol les recuerda a los tesalonicenses que *“como un padre a sus hijos, así también a cada uno de vosotros os exhortábamos y animábamos, exigiéndoos vivieseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y gloria”* (1Ts 2,11s). Según Raymond F. Collins, “el propósito de esta instrucción es que los tesalonicenses puedan responder fielmente a la llamada de Dios a entrar en su reino y su gloria. *Basileia* se usa muy raramente en Pablo [...]. Tanto ‘reino’ como ‘gloria’ hacen referencia al reinado escatológico de Dios”⁷⁶. Hacia aquí tiende la esperanza que anima la vida de los cristianos.

CONCLUSIÓN

Así pues, la experiencia de la salvación, que suscita y anima una espiritualidad de esperanza, tiene muchos matices o tonalidades, por eso el Apóstol se sirve de diferentes imágenes o conceptos para tratar de comunicárnosla. El problema principal con que hoy se tropezaría San Pablo, y se tropieza la Iglesia, para comunicar el mensaje de la salvación realizada por Jesucristo en su pasión, muerte y resurrección, salvación que él experimentó de manera

⁷⁶ “Primera carta a los Tesalonicenses”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*. Nuevo Testamento y artículos temáticos, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2004, p. 283.

tan intensa en el encuentro de Damasco, es el hecho de que muchos hombres no sienten necesidad de salvación alguna, de ser salvados por nadie. La cultura moderna ha ido desplazando a Dios de la vida del hombre y de la sociedad, ha dejado al hombre solo consigo mismo, haciéndole creer que él es el único artífice de sí mismo y de su destino. Al contemplar esta situación afirmaba Benedicto XVI que “este pensamiento moderno, al final, sólo puede crear tristeza y cinismo”⁷⁷. ¿Por qué *tristeza*? Porque se priva al hombre de la esperanza de la salvación, de vencer al mal. El hombre sin esperanza está herido por la tristeza. Y ¿por qué *cinismo*? Porque el hombre de nuestro tiempo aparenta vivir como si estuviera contento, y por eso monta todas las diversiones, para olvidar que no tiene esperanza.

Cultivar hoy una espiritualidad de esperanza es algo sumamente necesario, quizá sea una de las aportaciones más importantes del testimonio cristiano; lo ha sido siempre, porque es consustancial con la misma fe que profesamos, pero en las actuales circunstancias tiene una urgencia especial. El fundamento de esta espiritualidad está en el acontecimiento salvador de Cristo, cuyos rasgos más significativos hemos recordado. De aquí brota la certeza de que “al final estaremos siempre con el Señor [...] Nuestro futuro es ‘estar con el Señor’; en cuanto creyentes, en nuestra vida ya estamos con el Señor; nuestro futuro, la vida eterna, ya ha comenzado”⁷⁸. Pues como escribe el Apóstol, “*si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a los que murieron en Jesús [...] Y así estaremos siempre con el Señor*” (1Ts 4,14.17).

⁷⁷ Benedicto XVI, *El pecado original en la enseñanza de San Pablo*, Audiencia General, 3-12-2008.

⁷⁸ Benedicto XVI, *La parusía en la predicación de san Pablo*, Audiencia General, 12-11-2008.

La espiritualidad de la esperanza que nos impulsa hacia la ciudad de Dios, no es una evasión para desentendernos de la edificación de la ciudad terrena. Benedicto XVI ha sido extremadamente claro al respecto: “La espera de la *parusía* de Jesús no dispensa del trabajo en este mundo; al contrario, crea responsabilidad ante el Juez divino sobre nuestro obrar en este mundo. Precisamente así crece nuestra responsabilidad de trabajar *en y para* este mundo”⁷⁹. Evidentemente, esta responsabilidad se realiza de un modo particular en el anuncio del Evangelio. Para san Pablo lo mejor sería dejar este mundo para estar con el Señor, pero el servicio a las comunidades le parecía todavía necesario (cf. Flp 1,21-26); en todo caso, se muestra disponible y obediente para lo que Dios quiera de él. La esperanza de vivir por siempre con Cristo sostiene el trabajo apostólico de Pablo, por eso siente en lo más íntimo de su ser la urgencia de la evangelización (cf. 1Cor 9,16); esa misma esperanza anima y sostiene los esfuerzos de la Iglesia por hacer llegar la salvación de Cristo a todos los hombres y mujeres de la tierra.

De la fe a la esperanza pasando por la caridad, este sería el recorrido que hemos intentado trazar en este trabajo. El Papa Francisco acaba de poner de relieve esta íntima relación: “La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las ‘virtudes teologales’, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. 1 Cor 13,13; 1Ts 1,3). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana”⁸⁰. Pero el punto

⁷⁹ Benedicto XVI, *La parusía en la predicación de san Pablo*, Audiencia General, 12-11-2008.

⁸⁰ *Spes non confundit*, Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025, n. 18; y en el n. 3: “La esperanza nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz” que “se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por

de arranque es siempre la fe, no una fe intelectualista centrada en conceptos, sino una fe que obra por la caridad. Es la fe que abre las puertas de la esperanza y con ella el acceso al reino de Dios, término último de la peregrinación por esta tierra. Porque “la puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva”⁸¹. De la mano de San Pablo, y siguiendo las enseñanzas de Benedicto XVI que nos brindó la oportunidad de conocer mejor al Apóstol a lo largo del *Año Paulino* (2008-2009) junto con la iluminación aportada por J.A. Fitzmyer, hemos perfilado el contenido de la esperanza teologal y escatológica con todas las consecuencias prácticas encaminadas a cultivar una espiritualidad de la esperanza, pues “*habiendo recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*” (Rom 5,1-2). Y comenta la Biblia de Jerusalén: “La esperanza cristiana es la espera de los bienes escatológicos”, o sea, el acceso a los cielos nuevos y la tierra nueva en la contemplación del “*río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero*”, allí “*los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente [...] y reinarán por los siglos de los siglos*” (Ap 22,1-5). Es la esperanza que, fundada en la vida y obra de Jesucristo que el Padre le encargó realizar (Jn 17,4), y avivada por el Espíritu Santo, nos conduce a “reconocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar la Unidad en su poder y grandeza”⁸².

tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo”.

⁸¹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, n. 2.

⁸² Oración colecta de la solemnidad de la Santísima Trinidad.